

Raúl Silva Castro.

MIS VEINTICINCO LIBROS

UN diario de Santiago ha estado pidiendo a diversos escritores una lista de veinticinco libros. Son los libros que, a juicio del interrogado, «toda persona debería leer». Son, pues, libros de formación espiritual y de elevación moral e intelectual. Son libros a los cuales se atribuye desde luego una virtud taumatúrgica, que muy pocos libros poseen: ayudar a la arquitectura mental de un hombre. Yo veo en este propósito, ante todo, una ambición desmedida y luego una vuelta hacia el concepto clásico de que el hombre es cosa sagrada para el hombre, base de todo liberalismo. Analicemos primero esta segunda suposición.

En efecto, cuando se formula esta pregunta: «¿Qué libros debe leer todo hombre?», se hace implícitamente la afirmación de que los hombres están en libertad de formarse a sí mismos, que es lo mismo que decir guiarse por el maño de la vida sin otros baqueanos que sus propios conocimientos, sin más rumbos que los aceptados por el hombre mismo, a solas con su conciencia o en un delicioso diálogo con los libros. Como se ve, no hay coerción alguna de rango pedagógico. Un hombre sugiere guías, y el que lo escucha queda en libertad de tomar esos guías o bien, si lo desea, los que indica el vecino. Más aun: con eclecticismo, si es capaz de eclecticismo, puede mezclar

guías de uno y de otro y hacer con ellos su propia cuadrilla. En todo esto se ve la obra del juicio personal, de la deliberación espiritual de cada ser. Esto es, libertad.

La ambición desmedida está en querer reducir a veinticinco los libros que toda persona debería leer. No; eso no lo puede aceptar ningún hombre que aspire a los dones de la cultura. La esencia de la filosofía, de la vida, de la experiencia, de la belleza artística, no puede ser encerrada en veinticinco libros. Yo no sé si son más los que la contienen, ni menos cuántos son esos más. Y a veces llego a temer que puedan ser menos, también, muchos menos. Pero no sabría fijar un número porque todos me parecen arbitrarios. ¿Diez? ¿Siete? ¿Tres? ¿Uno?

Pongámonos en el caso de que se le preguntara a los escritores cuál es el libro que recomendarían al hombre que no tuviese espacio en su escritorio sino para un libro. Estoy seguro de que casi todos contestarían inmediatamente en favor de la Biblia. Pero, sin temor de adelgazar en demasía, salta una objeción. La Biblia no es un libro sino una biblioteca, un conjunto de libros. Sepárese cualquiera de sus capítulos (digamos, por ejemplo, el Libro de Job), y se verá que—compuesto a la moderna, con tipo grande, en moldes pequeños—se transforma en un libro como los que hoy lanzan a ser devorados por el público las prensas de Francia, Alemania, España, Italia... Hágase luego lo mismo con cada uno de los fragmentos de la Biblia y se tendrá una biblioteca. La Biblia se ha convertido, pues, en un conjunto de libros distintos entre sí no sólo por el estilo sino hasta por el contenido. Muchas ciencias caben en ella y muchos géneros literarios. Entre las primeras, hasta la estadística; entre los segundos, la elegía y el epitalamio se codean.

Creo que esta divagación habrá servido para pro-

bar al lector lo difícil de fijar un límite a esta pesquisa, que es lo mismo que establecer la inanidad del marco de veinticinco libros que se ha dado a esta lista. Sin embargo, ya que se ha pedido el nombre de veinticinco libros, ¿por qué no darlos? Eso sí, de darlos hay que darlos con comentarios. Decir sencillamente: «Yo recomiendo tales y cuales», es decir muy poco. Muchos lectores descontentadizos se asombrarán de muchas preferencias que sólo pueden pasar si se explican. Otros echarán de menos algunos libros generalmente auspiciados por anteriores respondones, y entonces será necesario que el nuevo interrogado diga por qué ha omitido ciertos títulos. Yo, desde luego, he fijado como número 1 de mi lista la Biblia.

El número 2 creo debe ser ocupado por los *Diálogos* de Platón. Frente al pensamiento hebreo, traspasado del soplo de la divinidad, monoteísta y un poco adusto, conviene erigir la clara arquitectura de esta sonrisa divina que se prolonga a través de las edades. Frente al dogmatismo y a la profecía, el debate de las ideas, entre amigos, a la sombra de los plátanos. Bien sé que la vida griega ya no puede ser considerada como una eterna mañana en que los hombres, gozosos, jugaban y reían. Pero entre ésto y aquéllo, yo prefiero ésto. Si es posible llamar preferir a esta cita conjunta de lo tenebrosó y de lo feliz, de lo que nació entre truenos en el Sinaí y de lo que se solazaba en las incursiones de los dioses innumerables sobre la tierra abierta. Veo en la edad actual un generoso intento de totalización de estos anhelos contrapuestos: el orden griego, el frenesí hebreo. Del primero tenemos el deporte, que cala los medios más dispares. Sobre todo el deporte que de ejercicio tendencioso, destinado primeramente a distinguir a unos hombres de otros, ha venido a convertirse en lo más demótico, en lo que todos llevan y defienden. Del segundo quedan algunos sonos dispersos en la lírica

universal, y la americana en parte no podía ser una excepción a este mandato. Gabriela Mistral—ya lo ha dicho y repetido *Alone*—es un poeta hebreo.

Es preciso colocar a Homero en tercer lugar; todo Homero, si es posible considerar como un solo libro la *Iliada* y la *Odisea*, destinada la primera a cantar la ciega cólera de Aquiles y la segunda a narrar los viajes de Ulises, fértil en recursos. Tengo para mí que la elocuencia es uno de los dones más altos de la literatura. Tan alto es, que difícilmente se maneja con acierto. El descrédito de la elocuencia nace precisamente de allí, y lo que la gente a diario toma por elocuencia es simplemente garrulería, *flatus vocis*. Pues bien, la elocuencia se da en Homero con felicidad y facilidad. Homero es un magnífico orador que tiene mucho que contar. Esta opinión, bien lo sé, es absurda. Homero—nos dirán los sabios—es un poeta antes que nada. Pero lo poético de Homero, preciso es confesarlo, sólo lo pueden apreciar quienes lo han leído en griego. Este deleite incomparable me ha sido prohibido, lo mismo que a todos los chilenos, por decisiones de nuestros más preclaros hombres de ciencia y estudio: Barros Arana, Amunátegui... De las versiones de Homero lo que se salva a menudo es la elocuencia, y de allí que como espléndido orador aparezca siempre a mis ojos el ciego misterioso.

Plutarco ocupará el cuarto lugar de esta lista. Sus *Vidas paralelas* son alimento incomparable para el espíritu ambicioso y también para el deprimido. El primero encontrará allí altos ejemplos, aventuras que sacian su sed de fama por un instante y que inmediatamente la encienden de nuevo. El segundo dirá que la grandeza ya no se da en estos menudos tiempos de industrialismo y dejará pasar la vida en una plácida contemplación de su ombligo trascendental.

Para el quinto sitio propongo al Dante, de cuyo poema inmortal confieso no haber leído sino la parte

relativa al infierno. (No creo que haya muchos hombres cultos que, sin obligación científica especial, hayan hecho más que yo.) Pero el Infierno que este hombre describió hace ya tantos siglos es un sitio curiosísimo, que provoca en el poeta las más extraordinarias reacciones. ¡Qué apóstrofes tan encendidos contra sus enemigos! ¡Qué gritos de piedad para algunos condenados! ¡Qué de reflexiones sobre lo divino y lo humano, lo sublime y lo ridículo o despreciable! Es una acumulación sin duda excesiva. Es este uno de esos libros que se deben leer a tragos cortos, so pena de atragantarse. Hay mucha materia en estas páginas para incorporarla de golpe al débil cerebro del hombre.

Rabelais en seguida, y luego la *Celestina*. Son estos para mí dos libros inseparables: si el poema del Dante cristaliza un momento y una modulación especiales de la Edad Media que, aparte distingos, no tienen por qué no pasar a nuestros ojos por las más legítimas, Rabelais y el incógnito autor de la *Celestina* anuncian el mágico alborear del Renacimiento. Rabelais hace reír mientras su pensamiento oculto se desliza como un corrosivo sutil entre palabras plebeyas y glosolálicas. *La Celestina* hace también reír, pero sugiere mucho más. *La Celestina* es la quebradura de un mundo que cede el paso a otro, la grieta menuda que dejan los grandes cataclismos morales e intelectuales. El gozo de la vida en la forma renacentista se erige aquí triunfante sobre la sombra capitosa y envolvente de los tiempos medios. En la *Celestina* se ama en forma terrenal, se fijan las miradas en el cuerpo y no en las almas y se da, por fin, importancia a los sentidos después de un lento letargo.

También significa la ruptura del equilibrio medioeval ese tan difamado *Tratado del Príncipe* de Maquiavelo, sobre el cual discuten apasionadamente los hombres desde varios siglos. En la disputa, yo no sé a qué

carta quedar. Pero ella ha tenido para mí una virtud suprema: me hizo leer el libro de Maquiavelo en edad muy temprana y me ha hecho releerlo después más de una vez. Supremo placer. Maquiavelo es uno de los hombres más inteligentes del mundo, y aunque esto ya no parezca elogio para quienes pretenden arrojar la inteligencia de su alto trono, para mí es un elogio inmenso, acaso el más alto a que puede aspirar un hombre.

En el número 9 de mi lista debo inscribir a Miguel de Montaigne, cuyos *Ensayos* han sido perenne lección de escepticismo para las geraciones que han seguido al generoso y sutil alcalde de Burdeos. Naturalmente junto a Montaigne será necesario colocar a Voltaire, en quien el escepticismo adquiere un método crítico que a Montaigne falta. En efecto, Voltaire ofrece el sistema crítico más estricto de que yo he tenido noticias, y aunque no haya dejado una filosofía coherente y aunque fuese en vida un hombre versátil y de no muy buena compañía, sus libros tienen savia inmortal. Ayudan a ver claro en la vida, empujan al entendimiento a superarse a sí mismo, persiguen a los fantasmas teológicos hasta sus más lejanos rincones y de todas las cosas hacen esquemas claros, coherentes, geométricos. ¿Cuál escoger entre ellos? Son tantos y sus esencias son tan varias, que la elección se hace difícil. Dejemos provisionalmente a un lado el *Diccionario Filosófico* y los *Cuentos*, libros ambos donde hay páginas que honran al espíritu humano.

Como oposición a estas armonías de Voltaire escogamos ahora los vagos ensueños ginebrinos de J. J. Rousseau. Nada de las *Nuevas Eloísas* lacrimosas ni de los *Emilios* utópicos. Prefiramos, como es justo, el alma desnuda que se espeja en las *Confesiones*, que son un documento psicológico imperecedero, y el sistema muy inaplicable del *Contrato Social*, pero

que inaplicable y todo, se coló en los ajustes sociales del siglo XIX y los tiñó de su color.

Entretanto hemos dejado olvidada la obra cumbre del idioma español: *Don Quijote de la Mancha*. No; reparemos el olvido. El *Quijote* es un libro que se *debe* leer; es cierto que lectores sin disciplina tentarán en vano hincarle el diente. Es preciso, sin embargo, hacer un esfuerzo y sacrificarse un poco para conocer el mayor monumento literario de la península ibérica. Por lo demás, a cambio del sacrificio, ¡cuántas satisfacciones! *Don Quijote* es un libro ejemplar, que enseña y deleita a la vez, como han querido siempre los preceptistas que haga el arte. Pero contrariamente a los preceptistas, o por lo menos a pesar de ellos, tiene también otra cosa. En él, en efecto, resplandece el genio de un hombre singular.

También debe ocupar un sitio en mi lista un libro para mí personalmente muy caro: el *Arte Poética* de Boileau. Tenía no más de catorce años cuando cayó en mis manos este libro primoroso; mi francés era precario, y por eso la primera lectura de Boileau fué para mí seguramente perdida. Aunque no: debido a esa primera lectura pude hacer una segunda, acaso con algún fruto. Si alguna vez he visto claro en una obra literaria, sin duda lo debo a este conjunto de normas que todo artista debería conocer, aun cuando no fuese para otra cosa que para despreciarlas en seguida. *El Arte Poética* de Boileau pertenece a un género de libros tradicionalmente menospreciados, pero que tienen varias vidas, como los gatos. Hoy, gracias a la poesía geométrica de Paul Valéry, seguramente se lee otra vez a Boileau, después de varios años de oscuridad y de vergonzante ocultamiento. Boileau encauzó mi vocación. Lo leí, he dicho, a los catorce años por la vez primera. Pues bien, tres años más tarde publicaba mi primer artículo. Y era un artículo de crítica literaria.

De Francia pasemos a Alemania; de Boileau a Goethe. Sin duda hemos ganado en el trayecto. El número 14 de mi lista está destinado a una de las dos obras, a mi juicio, más interesantes de Goethe: *Werther* y *Fausto*. Es cuestión de temperamento individual y también de edad. En la juventud la lectura de *Werther* levanta en el alma una bandada de sugerencias locas; en la madurez la lectura del *Fausto* señala siempre una crisis espiritual, ya sea que la preceda, ya que la siga. Son obras que no se pueden leer sin una conmoción interior.

Gracián ocupa el sitio inmediatamente siguiente. No el fácil Gracián de *El Discreto*, que es un manual de urbanidad superior (digamos, un super-Carreño), sino el Gracián complejísimo de *El Criticón*. Es un libro para hombres de aliento en la lectura. No es extraordinariamente largo, pero sí difícil. El estilo sentencioso del aragonés, cargado de dobles intenciones, de referencias recónditas y de juegos de palabras, no es un estilo apto para la lectura continuada. Pero si se toma este libro y se deposita a la cabecera del lecho, durante semanas y meses constituirá dieta espiritual deliciosa leer una o dos de sus páginas y recorrer, en desorden si se quiere, sus parábolas y agudezas. No olvidemos que Gracián influyó en Nietzsche y que por ese ilustre intermediario ha llegado hasta el mundo de hoy, todavía muy tocado de nietzscheísmo.

Otro español, tan discutido o más que Gracián y seguramente menos conocido, ocupará el sitio inmediato: don Luis de Góngora. La poesía se desnuda aquí de sus triviales motivos anexos, y por fin en el siglo XVII alumbra la poesía pura que hoy preocupa tanto.

Un dramaturgo en seguida, Shakespeare, del cual es difícil hacer una selección por la calidad, tan pareja, de sus numerosas obras. La solución es fácil, sin embargo, gracias a un ardid editorial. En efecto, las

obras de Shakespeare se han editado muchas veces como alarde en un solo tomo. Hasta en castellano hay ya una así. Pues bien, leamos esa u otra cualquiera en que se mezclen todos los dramas, las tragedias y las comedias de este escritor sin paralelo. La grandeza sombría de *Rey Lear* o de *Lady Macbeth* no nos impida gustar la gracia infinita de *Las alegres comadres de Windsor*; el horror de *El Mercader de Venecia* no debe cerrarnos los ojos para ver el no menor horror de *Otello*. Todo Shakespeare, en fin, con sus hidalgos mendaces y sus mujeres infieles, sus cortesanos poltrones, sus Hamlets metafísicos y sus lánguidas Ofelias, sus calaveras filosóficas—anuncio claro del romanticismo—y sus glotones insaciados.

Si queremos comprender la trágica soberbia de la juventud, sus anhelos dementes y generosos, sus arrebatos de amor y de celos, su mezquindad y su desinterés, leamos luego *Rojo y negro* de Stendhal. No sé de otra novela que de modo tan fiel refleje la vida de un hombre en el período en que de su alma comienzan a saltar, como turbias golondrinas ebrias de espacio, los deseos tumultuosos de la grandeza y de la gloria. Es una novela de tono mayor, hecha para ser leída a solas, en campos verdes que el sol incendia con sus fuegos rotundos y las frescas brisas baten con sus palmas fragantes. O en un corrillo de hombres igualmente ansiosos de subir y triunfar. Es la espuela que se aplica en el ijar palpitante de la humanidad trémula de deseo e impaciente por arrancar sus secretos a la vida.

En cambio, *Los hermanos Karamazof* son obra para la madurez, que no se debe leer con fruto antes de los treinta años. A pesar de que la he leído varias veces espero no desprender de ella lecciones definitivas sino una vez doblada esa curva caprichosa. Dostoyevsky la escribió cuando había acopiado una enorme experiencia, y ese detalle no debe sernos

menospreciado. Genio y todo, Dostoyevsky sabía lo que hacía. No tanto, tal vez, como Flaubert, de cuya obra, parva de títulos, pero cargada de aliños capitosos, debemos desprender la nauseabunda *Madame Bovary*, obra cúspide de la novela moderna en lo que toca al concepto arquitectónico de la misma. Obra en que todos los elementos han sido pesados en balanza de precisión y molidos en sutiles morteros. Obra en que el capricho parece ausente y en cuyas lindes la vida, sin embargo, bulle y piafa. Pero ya que de novela se trata, no olvidemos a Carlos Dickens, cuyos *Papeles del Club Pickwick* forman uno de los libros más entretenidos que la humanidad tiene para su solaz. Dickens, melancólico soldado de una cruzada literaria, nos ha dejado muchos libros primorosos, pero este es, sin duda, el más cabal de todos y es el que los supera a todos por su caudal de interés, de fantasía, de humor y de malicia—flor muy rara esta última en los arriates de Dickens.

Como yo también soy periodista no dejaré de lado al hombre que redime al género de sus vulgaridades irremediables: el inmortal Fígaro. No puedo dejar de hablar de Fígaro como si fuese un miembro de mi familia, y si un día me pongo loco, seguramente vestiré de luto por este hombre cuya muerte me duele todavía y me pesa como si en parte yo fuese culpable de ella. A los que no lo han leído no puedo decirles sino que en sus escritos no hay palabra perdida. Muchas de sus obras son circunstanciales y fatalmente debieron periclitar con el sol del día en que fueron escritas. Sobreviven, sin embargo, y espero que sobrevivan mientras exista la lengua española y mientras en ella lean, piensen y escriban hombres de sensibilidad y de talento. Larra los tenía de sobra: cada una de sus páginas así lo acredita.

Próximo ya el fin de esta revista, dejemos algún espacio al nuevo continente. Ante todo, un poeta,

Edgar Allan Poe, frente al cual el juicio vacila indeciso. He aquí un poeta que era al mismo tiempo un gran cuentista. Coja de su obra lo que más le agrade cada uno. A mí me interesa casi todo y me agrada el resto. Luego, un ensayista, Juan Montalvo, cuyos *Siete Tratados* han dado dignidad a la prosa americana, una dignidad difícil de recordar y de seguir, si se juzga por el estado actual de ella. Por fin, un panfletario, Domingo Faustino Sarmiento, hombre violento y corajudo, de pasiones al aire, que no temía herir con la pluma y que batalló una vida entera en pro de la cultura. De él hay que escoger *Facundo*, fresco palpitante de una raza que se incubaba en medio de las soledades, en lucha contra la naturaleza y contra la civilización. No es del caso pronunciarse sobre si ha triunfado esa raza peregrina o si es la civilización la vencedora. Generalmente los diagnósticos en las ciencias históricas fallan por dar importancia eminente a los hechos más próximos. De no ser así, yo estamparía aquí, sin miedo alguno a verme desmentido, que era la raza nueva la que había subyugado a la civilización y la tenía en un tris de morir. *Facundo* tiene tanta actualidad hoy como hace ochenta y tantos años.

Si el lector tiene paciencia de contar, verá que esta lista se compone de veinticinco libros. No son libros de importancia universal todos los que yo indico. Son los libros que a mí me han interesado más en un momento determinado y que, simultáneamente, han persistido en mi memoria. Creo que a cada uno de ellos debo algo; son libros mentores, libros ejemplares, libros que están ligados a mi vida por el cordón umbilical de un afecto que no ha sufrido mengua con los años. Pero yo quiero ser también liberal, como he dicho al principio, y no atribuyo a mi lista otra importancia que la de una confesión. Cada vecino dirá de ella lo que quiera. Es precisamente lo que yo quería obtener.